

Hoy: Marcelo Luján

Un escritor tiene una sola obligación: escribir bien.

Pablo Hernán Di Marco
Especial Facetas

Estos días terminé de escribir un breve ensayo para la “Fundación Tierra de Promisión” en el que afirmé que un escritor no está obligado a ser ni un entrevistado brillante ni un conferencista seductor. Un escritor tiene una sola obligación: escribir bien. Pero por fortuna existen escritores como Marcelo Luján, cuyas reflexiones en una charla de café son tan atrayentes como sus varias veces premiados cuentos y novelas. Para quienes (todavía) no conocen su obra, acá les ofrezco un adelanto de su cálida lucidez.

—Ya que sos un reconocido escritor de novela negra te pido un favor: recomendale al lector que no consume ese género un par de clásicos imprescindibles, de esos que no se olvidan.

M: Si no conocen el género, tendrán que empezar por los clásicos, que no son pocos, por cierto. Cosecha roja, de Dashiell Hammett y El largo adiós, de Raymond Chandler. Y si superan la prueba, sería bueno que leyeran a Manuel Vázquez Montalbán, Los mares del sur, por ejemplo. Y a Paco Ignacio Taibo II. Y a Juan Madrid. Y a Andreu Martín. Y como estamos tomando un café en Buenos Aires, me gustaría recomendar a nuestros nuevos lectores a la Dama negra de



Marcelo Luján.

la literatura latinoamericana: Claudia Piñeiro. Las viudas de los jueves o Betibú, dos novelas en donde la autora utiliza los elementos clásicos del género para describir y criticar, y en buenos pasajes denunciar, las prácticas de la sociedad actual.

—¿Conocés Colombia? ¿Qué sabes de literatura colombiana?

M: Mi querida amiga cachaca, Constanza Martínez, se va a disgustar al leer esto pero debo confesarlo: nunca estuve en Colombia, lamentablemente. Ella me invitó un montón de veces pero uno siempre es demasiado pobre como para hacer algunos viajes, y demasiado orgulloso como para permitir que los billetes los pague el anfitrión. En 1998 me mandó a Buenos Aires una edición preciosa de Entre cachacos, la segunda compilación de textos periodísticos de Gabriel García Márquez. También El olor de la guayaba, libro imposible de conseguir en Argentina, al menos en aquel momento. Había leído a muy temprana edad todas sus novelas y todos sus cuentos y cuando ya no quedó más ficción (recuerdo que lo último era Noticia de un secuestro), me enganché con sus notas periodísticas. Primero con su etapa europea: sensacional. Después Constanza me mandó desde Bogotá el volumen cachaco y las conversa-

ciones con Apuleyo Mendoza. De modo que supe qué era una guayaba (no existía esa fruta en Argentina e ignoro si existe hoy) pero, muy a mi pesar, nunca estuve en Colombia. Tengo buenos amigos, algunos escritores, algunos muy prestigiosos. El año pasado, en la Semana Negra de Gijón, conocí a Santiago Gamboa: un tipo estupendo y cuya narrativa es absolutamente envidiable. También con Mario Mendoza compartimos alguna mesa en Gijón. Creo que ese año presentaba Buda blues, una novela extraordinaria. Además, Fernando Vallejo me enloqueció con La virgen de los sicarios: la fama es una estatua que cagan las palomas. Genial, Vallejo.

—No te sientas mal por no saber lo que es una guayaba, Marcelo. Cuando el año pasado asistí a una premiación en Colombia me pidieron que vista una guayabera, y yo ni sabía lo que era. Por suerte se aprende. Cambiando de tema, ayer terminé de leer Diario de la Argentina, de Jorge Asís. Y no hubo página en que no haya pensado: “Este Asís debe ser un tipo muy jodido, pero la novela que escribió es irresistible”. ¿El ser buena persona es una ventaja o un lastre a la hora de escribir?

M: Puede ser una ventaja y también puede ser un lastre. Depende de qué se esté queriendo contar. Juan José Saer decía que ficción no equivale a mentira. A partir de esa afirmación, deberíamos andarnos con ojo de los escritores que narran maldades. Y no porque el mal esté dentro de ellos o sean pequeños satanases en carne y cuerpo. No. Más bien porque ficcionar acertadamente siempre implica un alto grado de conocimiento del medio. Con todo, yo soy uno de ellos: creo en el mal como elemento inherente al ser humano, creo en el mal como uno de los grandes motores de nuestra raza, que está de un modo tácito por encima del amor y

De Latinoamérica en general y de Argentina en particular: que no todo es tan cutre y tercermundista como nos quiere hacer creer Europa



FELIX RAMIRO LOZADA
DIRECTOR EJECUTIVO

Coordinador:
CARLOS ANDRÉS
PÉREZ TRUJILLO

Una producción de la
Fundación Tierra de Promisión

GUILLERMO PLAZAS ALCID
FUNDADOR

Circula con
DIARIO DEL HUILA

Toda colaboración se acepta y publica a título gratuito.
E-mail: facetas@diariodelhuila.com

del poder y por encima, incluso, del dinero. El género negro actual, que no es el policial clásico, se alimenta constantemente de esto.

—¿Creés que un libro puede cambiarle la vida al lector? De ser así, ¿qué libro te cambió la vida y por qué?

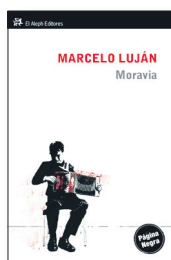
M: La Biblia, que es un libro, de hecho, un libro en donde ocurren miles de situaciones absolutamente negras, le cambió la vida a mucha gente. Walter Benjamin, que leyó El Capital a los treinta años, nunca fue el mismo después de esa lectura. Personalmente no sé si un libro podría cambiarme como individuo. Sin embargo, puedo decirte que a la salida de la adolescencia, cuando todavía mantenemos viva la llama de la curiosidad, leí La vida entera, de Juan Martini, y fue como una revelación, como una patada en el pecho que te lo aclara todo, porque modificó completamente mi visión de la literatura en tanto sujeto de la enunciación. Es un recuerdo precioso, inolvidable. De vez en cuando agarro ese libro y releo, al azar, cualquier párrafo. No se lo digas a nadie pero antes de terminar el párrafo me pongo a llorar.

—Ya estoy anotando La vida entera a mis lecturas pendientes. Se dice que de lejos se ve más claro, y vos tenés la particularidad de ser un escritor argentino que vive en España. ¿Qué descubriste de Latinoamérica a la distancia?

M: De Latinoamérica en general y de Argentina en particular: que no todo es tan cutre y tercermundista como nos quiere hacer creer Europa, básicamente durante el primer año de residencia, cuando todavía te llama la atención que los coches frenen en un paso de peatones. Latinoamérica está construida de otra madera y tiene algo humano que Europa occidental jamás va a tener, por más Troika y por más multinacionales que sanguijueleen en la periferia. Aún así, la experiencia europea es altamente enriquecedora para cualquier latinoamericano de cualquier clase social. Y muchísimo más para un artista. Si pudiera dar un consejo



Hay que inocularles la vocación lectora a los adolescentes,



Hay que tomar una decisión o vas derecho al manicomio.

a los jóvenes artistas latinoamericanos, sería este: es necesario que vengan a Europa, no hace falta que sea para quedarse, pero vengan, no se imaginan ustedes lo útil que les será. Llevo trece años viviendo acá. Escribiendo acá. Durante mucho tiempo lo tomé como un aprendizaje pero tarde o temprano terminás por entender que cuando decidís irte a vivir al extranjero, tu vida se convierte en otra vida. Y esas dos vidas no pueden ser compatibles del todo. Hay que tomar una decisión o vas derecho al manicomio.

—Te cuento una pequeña anécdota, Marcelo: hace poco terminé de escribir una novela, y mientras miraba con orgullo esas 400 páginas a las que les dediqué buena parte de mis últimos dos años de vida, pensé: “Por escribir este ladrillo me perdí de leer como cien libros. Entre ellos Adán Buenosayres, que lo tengo pendiente desde que tengo memoria”. Por favor, hazme compañía y decime que alguna vez te pasó algo parecido.

M: A menudo me ocurre algo parecido a esto que contás. No es malo tener lecturas pendientes, aun eternamente pendientes, lo malo sería olvidarnos de leer. Por el motivo que fuera. Y eso, estoy completamente seguro, no te pasa. Vivimos en un mundo que intenta, con sus lucecitas de colores, separarnos de la lectura. Es una extraña y horrible tendencia a la que debemos combatir. Ya sabemos que leer requiere tiempo y que el tiempo no es una energía renovable, ya sabemos

que escasea, que nos lo quitan. Pero nada es comparable a la lectura, ni siquiera la escritura, donde nos pasamos horas leyendo y relejendo. Podemos leer mientras viajamos en transporte público, mientras esperamos en los aeropuertos, o tener la fuerza de voluntad para evitar la simplicidad de la televisión y agarrar un libro. Hay que inocularles la vocación lectora a los adolescentes, que hoy en día se dejan los ojos en los videojuegos y el Tuenti, ir por la calle con libros en las carteras o los bolsos. Siempre tiene que haber tiempo para leer. Y si no lo tenemos, hay que buscarlo. De lo contrario construiremos una sociedad de idiotas.

—Los lectores de Un café en Buenos Aires son capaces de levantar barricadas si no hago mis clásicas últimas dos últimas preguntas, así que acá van: Alguna vez Vargas Llosa dijo que el día más triste de su vida fue cuando Jean Valjean murió en Los miserables. ¿Cuál fue el día más feliz de tu vida?

M: Existe una frontera, generalmente un verano, en donde los chicos dejamos de ser niños para empezar a convertimos en otra cosa (nos lleva bastante tiempo saber en qué). Voy a responder tu pregunta: el día que conseguí besar, por primera vez, a una chica. Porque fue como un terremoto que lo desestabilizó todo. Y no me refiero al amor: eso era algo que ignorábamos y que por lo tanto nos importaba poco. Se llamaba Adriana y era la prima de alguien del barrio. Pero ella no era del barrio y no la volvía ver nunca más, ni siquiera al día siguiente. A veces pienso en ella. No en ella exactamente si no en ella y en mí y en esa inolvidable noche de verano. Muchos años después me crucé con un título: Perfumada noche (es un cuento de Haroldo Conti). Entonces lo entendí todo.

—Te regalo la posibilidad de invitar a tomar un café a cualquier artista de la época que prefieras. Contame quién sería, a qué bar (de Buenos Aires o Madrid) lo llevarías, y qué pregunta le harías.

M: Me gustaría, y por eso lo soñé varias veces, tomar un café con Julio Cortázar. En París, preferentemente.